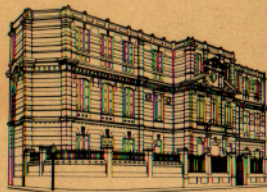


MARIO CIUDAD
Miembro de Número de la
Academia Chilena de Ciencias Sociales

El Instituto Pedagógico y la Educación Laica



EDICIONES DE LA GRAN LOGIA DE CHILE
SANTIAGO - CHILE
1989

EL INSTITUTO PEDAGOGICO
Y LA EDUCACION LAICA

Para Enrique Sáez, auten-
tico amigo de antes y también frater-
nal amigo de ahora.

U. Ciudad

Oct/89

EDICIONES DE LA
GRAN LOGIA DE CHILE

MARIO CIUDAD

Miembro de Número de la
Academia Chilena de Ciencias Sociales

El Instituto Pedagógico y la Educación Laica



EDICIONES DE LA GRAN LOGIA DE CHILE
SANTIAGO - CHILE
1989

PUBLICACIONES DEL AUTOR

- La Masonería y el mundo de hoy, 1966
Nuestra realidad masónica, 1977
La actualidad masónica de Spinoza, 1978
Fichte: libertad y filosofía, 1982
Naturaleza humana y necesidad social de la Masonería, 1982
Los mundos del hombre, 1985
Meditaciones socioculturales actuales, 1938
La relación hombre-mundo en Goethe, 1949
La certeza cartesiana y el problematismo contemporáneo, 1950
La filosofía como "hecho filosófico", 1952
Kierkegaard y Nietzsche: una aproximación paradójica, 1956
Bergson y Husserl: diversidad en la coincidencia, 1960
Schopenhauer oculto: la extrañeza existencial, 1961
La "repetición creadora" en Pascal, 1963
Dialéctica de las imágenes, 1964
Soñando a Unamuno, 1964
Las Universidades latinoamericanas y la educación de adultos, 1966
José Martínez Ruiz, pequeño filósofo, 1968
El rostro espiritual de un maestro, 1977
El "sistema" en el sistema de Spinoza, 1977
Vida y filosofía en Pedro León Loyola, 1978
Pluralismo como actitud del espíritu, 1980
El lenguaje silencioso de las palabras, 1983
Viaje alrededor de una palabra, 1987
Imagen y Verdad, 1988

SUMARIO

Prólogo	9
I Entre dos brumas	13
II El prestigio nacional del Pedagógico	31
III El prestigio continental del Pedagógico	61
IV La Masonería y el Instituto Pedagógico	73
Referencias Bibliográficas	91

PROLOGO

El muy dilecto amigo, colega y Hermano Mario Ciudad Vásquez, ha querido que sea yo quien prologue esta obra vibrante y recia, emotiva y agradecida, escrita con apasionada vocación, destinada a rendir merecido homenaje de amor y gratitud al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, al celebrar cien años desde la fecha de su creación; gesta ejemplar, edificante, cuya tarea y misión proyectáronse más allá de las fronteras patrias para impregnar el alma americana de un sentimiento de adhesión y exaltación hacia la cultura y civilización de estos pueblos nuevos de América.

Necesario es decirlo: como chilenos no hemos sabido, hasta ahora, aquilatar ni agradecer en todos sus alcances la importancia y trascendencia del esfuerzo y porfiado empeño con que visionarios patriotas del siglo pasado emprendieron la generosa empresa de dar a Chile y a su pueblo las herramientas o medios de cultura y de liberación espiritual tan necesarias para la conquista de un superior destino y para la búsqueda incesante de la Verdad.

En los comienzos de nuestra naciente vida republicana, en donde todo estaba por hacer y por construir, la incultura, el fanatismo y los vicios se confabulaban como fuerzas retardarias para impedir el desarrollo armónico y acelerado de

una nación que aspiraba a mejores formas de vida y ofrecer a todos sus habitantes igualdad real de posibilidades ante los requerimientos de una sociedad democrática en vías de desarrollo. La creación de la Universidad de Chile primero, y de la Escuela Normal José Abelardo Núñez, después, es manifestación evidente del insobornable propósito educador del Estado y de los gobernantes de la época que comprendieron que, sin educación y sin mejoramiento de hábitos y costumbres, sería vano intento todo afán de progreso social y económico del país.

Tengamos presente que la misión fundamental de la educación en todos sus niveles o estadios, desde el Jardín Infantil hasta la Universidad, es formar al ser humano, es humanizar al hombre... Y esta tarea era necesario asumirla en plenitud, con inusitada urgencia. Si bien era cierto que la etapa básica o primaria se estaba cumpliendo en la misma medida en que las Escuelas Normales entregaban su contribución al país, no acontecía lo mismo con la enseñanza media, el Liceo, que carecía de maestros idóneos, sin títulos profesionales en su casi totalidad y con graves dificultades en el ejercicio de su delicada misión educadora.

Así surge el movimiento destinado a forjar un ambiente propicio a la creación de un centro formador del magisterio de Enseñanza Media; así surge la necesidad imperiosa de creación del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile,

aspectos todos éstos de extraordinaria importancia que el docto saber de Mario Ciudad Vásquez nos va entregando en sustanciosas y densas páginas de su excelente y bien documentada obra El Instituto Pedagógico y la Educación Laica que me complazco entregar a la avidéz espiritual de los miembros de nuestra Obediencia.

La elevada misión americanista cumplida con extraordinario éxito por el Instituto Pedagógico; la generosa siembra de amor y respeto hacia Chile llevada a cabo por docentes de diferentes países de América formados en nuestro centenario Instituto; el prestigio pedagógico de Chile y de su cultura en el concierto americano, constituyen frutos de los que se enorgullece legítimamente nuestra nacionalidad. Pero en el ámbito del territorio patrio, los logros alcanzados son aún mayores y más trascendentes. En efecto, nuestro Instituto Pedagógico, a través del Liceo y de la acción civilizadora cumplida por éste, creó una cultura chilena, desarrolló una fuerte conciencia de unidad nacional y, sobre todo, creó y dio forma a una clase media culta, pujante, digna y esforzada que ha sabido enaltecer la Patria por la elevada calidad de sus hijos.

Os invito, pues, a leer esta obra, voz de vocación docente de un dilecto Hermano nuestro y sintamos la emoción y justo orgullo de reencontrarnos con tantos francmasones que dieron vida a tan importante empresa educativa que ha sido capaz de forjar el alma nacional. Reencontremos a tantos

francmasones que algún día pasaron por las aulas del Pedagógico donde forjaron sus espíritus y templaron sus almas en la ardiente y luminosa fragua del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Que así sea

OSCAR PEREIRA HENRÍQUEZ

Gran Maestro

I

ENTRE DOS BRUMAS

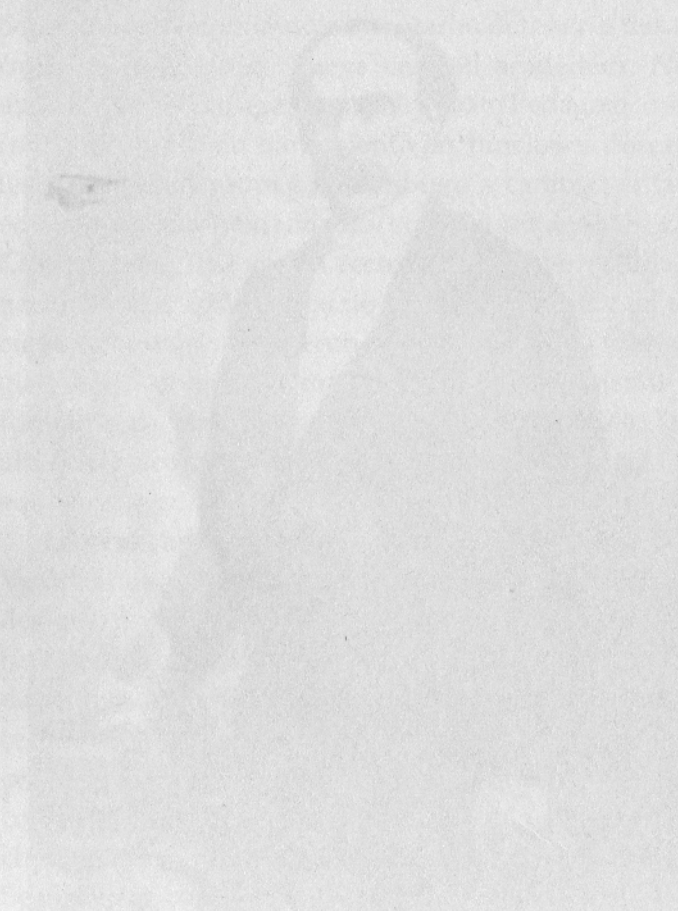
El mundo del Instituto Pedagógico es amplio en su vastedad, complejo en su plenitud. Rebasando la esfera educacional, se proyecta en el horizonte de la nación. A menudo se confunde con el devenir histórico de Chile. De ahí que para entenderlo la mente necesite aprestarse a una doble operación, esto es, a una referencia a la vida total de la República, junto a considerarlo aparte, en sí mismo. De otra manera es imposible trazar la figura veraz que le es específica.

El camino que recorrió el plantel universitario está plagado de vericuetos en los que es fácil extraviarse. Aún en la etapa fundacional, es riesgoso y conflictivo seguir el curso de su existencia, como siempre acontece cuando los vaivenes y altibajos obedecen a factores ideológicos, a posturas políticas disímiles y contrapuestas. Así, voluntades patrióticas bien inspiradas le

dieron forma, mientras otras ingratas de calificar resistieron a su advenimiento e intentaron detener el desarrollo de la entonces nueva entidad académica. No obstante las intransigencias, el Instituto Pedagógico se consolidó, puso en movimiento las funciones docentes que le eran propias, contribuyó a cambiar la faz educativa y las modalidades sociales imperantes en Chile. Ejerció una acción rectora en la espiritualidad nacional. Los adversarios no se desanimaron y en el curso del tiempo recibieron el apoyo de otras ideologías, hasta obtener la extinción del primer Instituto formador de profesores creado en América latina. De ahí que celebrar los cien años de su fundación no equivalga a conmemorar el siglo de existencia.

La persistencia en el tiempo no estaba asegurada. Veinte años atrás, aproximadamente, se intensificó el designio aniquilador hasta obtener el colapso del Instituto Pedagógico. Sin embargo, perdura la obra realizada en más o menos ochenta años. Por doquiera se la reconoce y respeta en su sorprendente grandeza. La presencia educativa y cultural del Instituto Pedagógico se internalizó en la conciencia y en la sociabilidad chilenas, pasando a formar parte constitutiva de ellas. Se mantiene como una realidad objetivada en el espíritu patrio. Es de justicia conmemorar el siglo transcurrido desde que el plantel fuera fundado el 29 de abril de





José Manuel Balmaceda, en cuyo mandato se creó el Instituto Pedagógico.

1889. Se trata de recordar a los maestros y alumnos fundadores, de rever la obra grande en que cuajaron los sueños y desvelos.

Pues bien, el trabajo formativo y creador del Instituto Pedagógico se desarrolla entre dos brumas: una inicial de la cual emerge y otra de término en la que es sumergido. Entre ambas fases se sitúa un trozo luminoso de vida, que tempranamente le reporta un prestigio de fuerza imbatible. Instaurationa una tradición que irradia a todo el orbe latinoamericano. Por lo general las brumas se disipan con las horas, pero en el caso del Pedagógico estaban destinadas a retornar con intensidad devastadora. Surge de la atmósfera caliginosa en 1889 gracias a la firme voluntad de Valentín Letelier, de Claudio Matte, de Federico Puga Borne, de Julio Bañados Espinosa y de otros prohombres; se pierde en ella en los años inciertos de 1968 a 1970. Ha desaparecido de la nomenclatura oficial de la Universidad de Chile en 1972. Nuestra casa de estudios superiores será privada en 1981 de impartir la carrera profesional de Profesor de Estado.

Retornemos a los inicios. El 29 de abril de 1889 cobra vida el Instituto Pedagógico en medio de discusiones violentas y apasionadas. En una redacción austera, sin una palabra de más ni de menos, el Presidente Balmaceda y el Ministro de Instrucción Pública, Julio

Bañados Espinosa, decretan: "créase en Santiago un Instituto Pedagógico destinado a formar profesores de instrucción secundaria"¹. El sueño de Valentín Letelier ha cobrado forma real. Pero, ¿qué significa la figura humana del profesor de la enseñanza secundaria? Letelier aclara la esencia de la nueva profesión universitaria: "una cosa es saber, otra saber enseñar, y otra saber enseñar el arte de enseñar". Y agrega: "En Chile teníamos muchos profesores que conocían a fondo sus asignaturas; pocos, muy pocos, que supieran enseñarlas, y ninguno, absolutamente ninguno que hubieran demostrado idoneidad para formar maestros con arreglo a los preceptos de la pedagogía científica"².

Era necesario satisfacer los requerimientos que en escala nacional partían desde los liceos. Se necesitaban profesores que dominaran sus especialidades, que supieran transmitir el saber que poseían y, finalmente, formar maestros que enseñaran a enseñar. También era indispensable disponer de pedagogos capaces de organizar una enseñanza que atravesaba por un período de crecimiento intenso. El nuevo centro de educación superior debería atender todas estas circunstancias, pues la situación real distaba de ser satisfactoria. Así, Julio Montebruno, de la primera promoción del Pedagógico, recuerda las condiciones existentes en 1880 en el Liceo de La Serena donde le correspondió

Alemparte;
cinco votos
Maximiliano

pidió que se
que su voto
a había sido
lva.

ria, en recom-
contreras que
a siguiente

letras de
do den
cinco vo-
rna don
o Rojas;
o votos
encoret;
por una-
a, com-

tor fiscal
halla va-
el Valdés
id de vo-

ernas

crimen de
durante la
za actual-
rna, dando

o:
votos por
simil: no

INSTITUTO PEDAGÓGICO.—Alumnos de este establecimiento han sido nombrados los siguientes jóvenes:

Internos.—Antonio Berquez Solar, Pedro Lois Palacios, Enrique Molina, Maximiliano Salas, Enrique Oyarzún, Benito Salgado, Abraham Valenzuela, Leonidas Bandera, Joaquín Ahumada, Otto Schott, Julio Montebruno, Tobias Pimentel, Domingo Murillo, Ruperto Bandera, Pedro Cruz Silva, Arsenio Gossens, Exequiel Fernandez, Vicente Echegarai, Pedro Larrañaga, Gregorio Bravo, Francisco Vivar, José Rafael Campusano, Enrique Sepúlveda, Julio Escudero, Marco Aurelio Latellier, Luis A. Torres, Salustio Calderon Contreras, Agustín Gómez García, Maximiliano Carrasco y Darío Cavada Contreras.

Externos.—Mentor Jesús Bañados, Manuel Espina, Fidel Pinochet, Elizardo Ciudad, Juan Manriquez, Ricardo Muñoz, Adolfo Guzman, Telésforo Quezada, Daniel Tobar y Aníbal Vivero.

RECEPCION DIPLOMÁTICA.—En el gran salón de la Moneda, debe efectuarse hoy, a la una de la tarde, la recepción oficial del señor duque de Almodóvar, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de España.

ECOS DE HUANCHACA.—Se lee en el PAIZ de Oruro:

«De una carta que nos escriben da ese importante mineral tomamos lo siguiente: De los 150 heridos que quedaron después del desgraciado acontecimiento, que ya le tengo referido, han muerto 21 y se espera que morirán otros mas, pues algunas heridas son graves. Los trabajos siguen sin interrupción. El establecimiento ya no se reedifica, pues el día...»

lecha 19 de
qua la Faca
neiro envia
libros para
como los de
comunicacion
mitidos a
indiqué oport
ñor decano
obsequio y, ad
agradecimiento
dichos libros
dan por el esp
satisfacer aqu
Dios guarde
—Roberto Pir

ACTA DE V
cienda se ha
En Sant
zo de mil o
la sala del
Ballesteros
fo de secc
reemplazo
car la visi
del artículo
1888. Se c
secretaría,
chivero 1.^o
exámen de d
de ellos se to

1.^o Requer.
dispuesto en el
de la lei de 20
guientes funcio
cuentas por el 1
a los tesoreros d
tingo y Valdivia
juntas de benefi
gasta, Andes, L
poal, Talca, Lin
llan, Coelemu,
Quinchao y Ma

Facsímil de la nómina definitiva de los alumnos del primer curso del Instituto Pedagógico, aparecida en el diario El Ferrocarril el jueves 27 de marzo de 1890.

estudiar: los profesores eran "caballeros de la sociedad de La Serena (los que) tomaban sus clases como un pasatiempo o un correctivo a la rutina de sus ocupaciones habituales"³. Enrique Molina, también del primer curso del Pedagógico, se encontró en 1905 con un Liceo de Talca en que "fuera de unos cuantos profesores y empleados competentes, los más, entre los cuales había unos señores muy honorables de la localidad, carecían de la preparación necesaria y, ¡para qué hablar!, de la sagrada unción del educador"⁴. Una situación análoga describe José M. Muñoz Hermosilla, cuando señala que en general "ejercían el profesorado médicos, abogados, bachilleres, simples aficionados, sin más apego a la profesión que la posesión de una renta. Los liceos tenían una existencia lánguida; carecían de todo impulso vivificante; eran aulas de antiguo cuño, en donde la palabra del dómine no significaba otra cosa que reproducción de la letra muerta de los textos"⁵. Hacían excepción el Instituto Nacional y tal vez los liceos de Copiapó, Valparaíso y Concepción.

En medio de todas estas exigencias, la bruma persistía. ¿A qué cuerpo educacional debía ser adscrito el Instituto Pedagógico? La oposición al nuevo plantel se prolongó en trámites innecesarios, en antecedentes que se traspapelaban, en documentos mantenidos ocultos, en informes postergados indefinidamente. La

atmósfera se aclaró en enero de 1890, cuando el Consejo de Instrucción Pública aprobó el informe de Pedro Montt, uno de sus miembros. El Pedagógico pasaba a depender del Consejo de Instrucción Pública, constituido por el Rector, el Secretario General, los cinco Decanos y dos representantes del Claustro, todos ellos pertenecientes a la Universidad de Chile; cuatro consejeros designados por el Gobierno y el Rector del Instituto Nacional completaban el Consejo. De acuerdo con el informe aprobado, la enseñanza del establecimiento era declarada universitaria y los profesores debían pertenecer a la Facultad correspondiente según fueren las asignaturas enseñadas. Quedó asentada la pertenencia a la Universidad de Chile. Meses antes, el 5 de agosto de 1889, el Instituto Pedagógico había sido instalado en una amplia casona situada en la Alameda de las Delicias, en el número 178 de la acera sur, entre las calles San Ignacio y la actual Lord Cochrane, entonces denominada Duarte. El ciclo se completó en julio de 1890 al aprobarse el Plan de Estudios. Sólo restaban jirones de bruma cuando se iniciaron las clases en los primeros días de abril de 1890.

Entre alumnos internos y externos, cuarenta y seis estudiantes constituyeron el Primer Curso del Instituto Pedagógico. Formaron parte de la promoción inicial o fundadora Antonio Bórquez Solar, Pedro Luis Pala-



Pedro Montt, autor del informe presentado al Consejo de Instrucción Pública que adscribió al Instituto Pedagógico a la Universidad de Chile.

cios, Enrique Molina, Maximiliano Salas, Enrique Oyarzún, Benito Salgado, Abraham Valenzuela, Leonidas Banderas, Joaquín Ahumada, Otto Schott, Julio Montebruno, Tobías Pimentel, Domingo Murillo, Ruperto Bandera, Pedro Cruz Silva, Arsenio Gossens, Exequiel Fernández, Vicente Echegaray, Pedro Larrañaga, Gregorio Bravo, Francisco Vivar, José Rafael Campusano, Enrique Sepúlveda, Julio Escudero, Marco Aurelio Letelier, Luis A. Torres, Salustio Calderón Contreras, Agustín Gómez García, Maximiliano Carrasco, Darío Cavada Contreras, Mentor Jesús Bañados, Manuel Espina, Fidel Pinochet Le-Brun, Elizardo Ciudad Monsalve, Juan Manríquez Rivera, Ricardo Muñoz Avalos, Adolfo Guzmán Guerrero, Telésforo Quezada Salina, Daniel Tobar Andonaegui, Aníbal Vivero, José Pinochet Le-Brun, José Melo Cruz, Manuel Molina Alday, Luis Trujillo Madrid, Luis Brañes Debière y Alejandro Venegas.

El interés despertado por el novedoso plantel pedagógico recién fundado ha debido ser intenso a juzgar por la cantidad de postulantes. En dos listas de aceptados provisoriamente figuran cuarenta y siete candidatos que en definitiva no ingresaron. Vieron frustradas sus esperanzas Alfredo Vásquez Gacitúa, José M. Marfil Medina, Pastor Ramón Amunátegui, Luis H. Silva Espinoza, Guillermo Garay Urquieta,

Roberto Peragallo Silva, Isaac Alvarez Montero, Marmerto Espina Fuentes, Guillermo Pumarino Murillo, Recaredo Leyton Iturriaga, Agustín León Lavín, Máximo Araya Ahumada, Reinaldo Castro Manríquez, Miguel Gacitúa Brieba, Eliodoro Torres Pinto, Andrés Tobías Pinochet, Horacio Squella de la Barra, Carlos A. Cruz, José Rafael Campusano, Marco Aurelio Vidal Vargas, Bonifacio Cruzat Arias, Pedro Luis González, Rosamel Vidal Fuentes, David Toro Melo, Ricardo Muñoz Avalos, Nolasco Mardones Figueroa, Eugenio Robles Rodríguez, Eduardo A. Padilla Acuña, Hernán Vallejos, Joaquín Ruiz de Gamboa, Ismael de la Fuente Ortiz, Miguel Angel Padilla, Luis Donoso Fernández, José Joaquín Aguirre Luco, Horacio Tagle Muñoz, Rafael Jofré Somoza, Eulalio Vargas Mardones, Enrique Ballesteros Larraín, Carlos Campos Novoa, Carlos Aguirre Luco, Francisco Antonio del Campo, Miguel Otero Salinas, Heriberto Fernández, Francisco Zambrano, Luis Aguirre Cerda y Luis Díaz Escudero. Habría que agregar a los aspirantes que no figuraron en las listas provisorias.

Ochenta años más tarde, aproximadamente, el caso reservaba nuevas contrariedades. Una cerrazón obscureció el cielo del Instituto Pedagógico. La primera bruma fue en el crepúsculo de la mañana, en el amanecer, esta segunda espesa niebla se cierne en el



Julio Bañados Espinosa, Ministro de Instrucción Pública que dictó el Decreto fundacional.

crepúsculo de la tarde del Pedagógico. Las horas del plantel estaban contadas. Los acontecimientos son difíciles de documentar, esquivan la indagación. En los hechos, el Instituto Pedagógico cede el paso a un Departamento de Educación para en una segunda fase transmutarse en una Facultad de Educación. El transcurso es vago e incierto; los pasos, imprecisos. En definitiva, la denominación "Instituto Pedagógico" ya no aparece en el Decreto N° 4.513 del 25 de mayo de 1972, que dispuso la división de la Universidad de Chile en cuatro sedes capitalinas. Seguramente deben existir los documentos relativos a la etapa confusa de declinación, pero ha sido imposible tenerlos a nuestro alcance. El ocaso esperaba a un Instituto que nació, vivió y detuvo sus días en la Universidad de Chile. Se desvanece así en las tinieblas de esta segunda bruma. Años más tarde, en 1981, la Casa de Bello sería privada de la carrera de Pedagogía. O sea, le sería prohibido formar Profesores de Estado al establecimiento de educación superior que creó la carrera en 1889. Tan alta responsabilidad quedó reservada a otros Institutos, Academias y Universidades, estatales o privados. La noche envolvió al Instituto Pedagógico.

II

EL PRESTIGIO NACIONAL DEL PEDAGÓGICO

Para estudiar los orígenes de la tradición que atesoró el Instituto Pedagógico, hay que remontar de los días aciagos en que se apaga su existencia al momento fundacional en que se enciende la luz pedagógica. Ante todo una pregunta: ¿Cómo vieron los alumnos de entonces a los maestros fundadores?

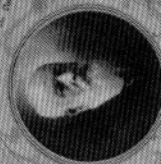
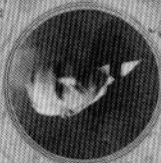
Enrique Molina recuerda a J.E. Schneider como el "catedrático de pedagogía, psicólogo e investigador de fama europea, que nos hacía reír a veces con sus modos turbulentos y sus ingenuidades, (que) nos enseñó a conocer no sólo a sabios alemanes como Herbart y Kant, sino también a filósofos franceses e ingleses como Ribot y Spencer"⁶. Julio Montebruno relata vívidamente el primer encuentro con Schneider antes de iniciarse las clases: "Estábamos reunidos varios alumnos cuando entró como un bólido un robusto

caballero alemán, de mediana estatura y corpulento, vestido decentemente con un traje estilo tirolés y con botas de montar de media caña. Traía bigotes y barbas muy poblados; profusa y ondeada cabellera coronaba la amplia frente. Tenía parecido con el rostro de su maestro Haeckel, a quien, como descubrimos más tarde, no le disgustaba imitar. 'Soy el profesor de pedagogía, nos dijo con voz estentórea; mañana iniciaré mi enseñanza en esta misma sala —la cual no es un fumadero—' agregó, tosiendo por el denso humo de los cigarrillos⁷. Por su parte, Darío Cavada, alumno del primer curso como los dos anteriores, lo evoca cual "un pensador profundo y experimentado pedagogo, cuyo carácter irascible a veces se olvidaba de nuestra idiosincrasia de estudiantes chilenos... Pero lo que más nos divertía, en los primeros tiempos, era la jergonza del Dr. Schneider, el que más dificultades tuvo para posesionarse de nuestro idioma, que él hacía mitad italiano y mitad castellano, por su larga estadía en Italia, con una confusión de géneros y de artículos que nos entretenía y comentábamos sotto voce"⁸.

En cuanto a Federico Hanssen, Enrique Molina lo describe con "su barba blanca de Zeus y su serenidad imperturbable, tenía una majestad olímpica. Parecía no importarle nada fuera del cumplimiento de su deber y de sus estudios"⁹. En 1912, esa misma barba

INSTITUTO PEDAGOGICO

Profesores fundadores
1889-1914



1889
1º Agosto - 1914

PROFESORES FUNDADORES DEL INSTITUTO PEDAGÓGICO:

Juan Steffen, Geografía e Historia; Jorge Enrique Schneider, Pedagogía y Filosofía; Domingo Amunátegui Solar, Derecho; Federico Johow, Ciencias Naturales; Alberto Beutel, Ciencias Físicas; Enrique Nercasseau, Lengua y Literatura Castellana; Federico Hanssen, Filología; Rodolfo Lenz, Lenguas Vivas; Augusto Tafelmacher, Matemáticas.

blanca impresionaba a la profesora Gertrudis Muñoz de Ebensperger, quien la evoca así: "... y muy larga era también su barba blanca, que enmarcaba un rostro alargado, pálido, iluminado por ojos pequeños de celeste intenso. Vestía siempre de negro, o muy oscuro. Todo en él era serenidad; hablaba reposadamente un idioma muy cuidado y en voz baja"¹⁰. Respecto a sus clases, era patente la admiración de Enrique Molina en 1914, en Talca, al recordar "las amplias y hermosas lecciones de Hanssen sobre las leyendas hindúes y los mitos griegos, sobre el Renacimiento y la Epoca Moderna; recuerdo la serenidad olímpica, la mirada fina y tranquila con que nos conducía por el mundo espiritual desde Calidasa a Homero hasta Goethe y Zola"¹¹.

Rodolfo Lenz cojeaba al parecer a causa de una luxación de la cadera. Un ex alumno lo describe como un "hombre delgado y de baja estatura, de amplia frente; su faz morena, sus anteojos, sus bigotes abundantes y su venerable patilla blanco-dorada, denotaban la personalidad del hombre digno de llamarse sabio". Darío Cavada recoge del profesor alemán su "carácter afable, locuaz, observador y lleno de esa vivacidad chispeante característica de la raza latina... Erudito polígloto —agrega— que introdujo por primera vez en la enseñanza el estudio de la Fonética, y cuyo

espíritu vivaz y observador ha logrado connaturalizarse con nuestra habla, con sus idiotismos y más que todo, reconstituir la casi extinguida lengua araucana... y además fue el alma de nuestro incipiente folclorismo"¹².

La figura de Lenz contrastaba con la del Dr. Hans Steffen. Luis Galdames vio a éste "alto, delgado, flexible, de una tez enjuta y curtida, color rojizo inclinado a moreno. Sus cabellos, de tinte castaño, son abundantes, pero los lleva cortos; la frente es despejada... los lentes de oro estrechan la nariz y velan la mirada inquisidora que sale de unos ojos oscuros y pequeños. La mandíbula es fuerte, el mentón alargado; los bigotes castaños como el pelo, forman dos hebras finas sobre unos labios de escaso relieve. Vibra en él todavía la fuerza de la juventud... Habla ligero, en español correcto, pero de pronunciación germánica; y su gesto es de una seriedad inalterable... Entra siempre a la sala con el mismo ademán de colgar el sombrero y sentarse para decir su relato"¹³.

Darío Cavada se refiere también al "Dr. Johow, de fama mundial como botánico y que hizo un notable estudio sobre la flora de Juan Fernández" y lo incluye entre los profesores más queridos "por su rectitud y caballerosidad y sabiduría"¹⁴. De Domingo Amunátegui Solar, profesor de Derecho Constitucional y que

sería el segundo Director del Instituto Pedagógico después de Johow, lo indica como "recién llegado de su viaje de estudio por Europa"¹⁵. No conocemos referencias al Dr. Beutel, profesor de ciencias físicas, ni del Dr. Augusto Tafelmacher, profesor de matemáticas; quizá sus individualidades personales se desvanecieron en la impersonal y objetiva generalidad de la ciencia.

El mismo Darío Cavada rememora a Enrique Nercasseau, profesor de castellano, cual un "eximio hablante de corte clásico... cuya expresión correcta y fluida encantaba e instruía a la vez"¹⁶. De Enrique Nercasseau y Morán, Mariano Latorre trazó una notable semblanza en la que retrata así a su maestro: "Sobre un cuerpecillo enteco, misérrimo, se asienta sólidamente una bella cabeza, de frente lisa y desembarazada como la del ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes... Los ojos pequeñines, risueños, sensuales, suelen a veces disminuir su fulgor bajo unos lentes guarnecidos de negro carey; y entonces la cabeza del erudito hispanófilo señor Nercasseau y Morán parece la de un sabihondo exégeta del siglo de oro... esa grave cabeza pide a gritos una golilla encarrujada y sobre el jubón de terciopelo, junto a las agujetas de áureos herretes, la Cruz de Santiago... Poeta refinado de lo antiguo, de lo arcaico, de la serenidad del arte clási-

co... Sobre un cuerpecillo enteco, misérrimo, sueña empecinadamente el alma noble, abierta de don Enrique Nercasseau y Morán en la España del siglo de oro, la España portentosa del Quijote y de la conquista de América"¹⁷.

Así eran y fueron avistados los maestros fundadores por sus discípulos. Egresaron treinta de los cuarenta y seis alumnos fundadores, que recibieron el título de Profesor de Estado en los años 1892-3. Ordenados por asignaturas ellos fueron los siguientes: *Castellano*: Antonio Bórquez Solar, Darío Cavada Contreras, Agustín Gómez García, Enrique Oyarzún Mondaca, Abraham Valenzuela Torrealba, Maximiliano Salas Marchán, Fidel Pinochet Le-Brun y Benito Salgado Astorga. *Francés*: Leonidas Banderas Le-Brun, Manuel Molina Alday, Enrique Sepúlveda Campos, Luis Trujillo Madrid, Luis Brañes Debière y Alejandro Venegas (Dr. Valdés Cange). *Historia y Geografía*: Enrique Molina Garmendia, Julio Montebruno López, Exequiel Fernández Hidalgo, Pedro Nolasco Cruz Silva, Ruperto Banderas Le-Brun y Aníbal Vivero Rodríguez. *Matemáticas*: José Viante Echegaray Roso, Pedro Larrañaga Zapata, Francisco Vivar González, Gregorio Bravo Millas. *Ciencias físicas y naturales*: José Campusano Soza, Julio Escudero Mura, Luis Torres Pinto, José Pinochet Le-Brun y Salustio Calderón Contreras.

Inglés y Alemán: Otto Schott Mauser y Luis Brañes Debière.

Pocos de los profesores del nuevo estilo hicieron docencia en Santiago. Los más se distribuyeron en las provincias, a saber, en los Liceos de Valparaíso, San Felipe, Cauquenes, Chillán, Concepción y Valdivia. El grupo más numeroso difundió el nuevo sistema educacional en el Liceo de Chillán. Favoreció esta mayor "densidad" pedagógica el hecho de que uno de los ex alumnos del primer curso del Pedagógico, Luis Torres Pinto, fuera designado Rector de ese plantel. Con él se reunieron sus antiguos condiscípulos y ahora colegas Enrique Molina, Maximiliano Salas Marchán, Enrique Sepúlveda, Gregorio Bravo y poco después Alejandro Venegas, que venía del Liceo de Valdivia. El Liceo de Chillán sobrepujó en profesores titulados a los demás liceos de la República. Atraeron la atención por el nuevo estilo educador y el espíritu de servicio público que los animaba. Pronto fueron apodados "los concéntricos" a causa del sistema a que se ceñían en sus clases.

Antes los jóvenes profesores enjuiciaron a sus maestros del Pedagógico. Ahora les correspondió a ellos ser juzgados por sus alumnos. ¿Qué juicio formularon los estudiantes de entonces respecto de los nuevos docentes? O lo que es equivalente, ¿cómo fue

recibida en los liceos la enseñanza secundaria renovada que tenía su origen en el Pedagógico? ¿Cuál fue la reacción de la juventud liceana frente a un sistema educativo científico y moderno?

El Liceo de Talca ofrece un buen testimonio. En 1905, Enrique Molina fue nombrado Rector de ese plantel. Pronto lo acompañaría Alejandro Venegas en calidad de Vicerrector y profesor de Castellano. La sagacidad estudiantil les deparó una recepción bulliosa y promisoria. Domingo Melfi, que en el curso de los años sería un reputado crítico y ensayista, ex Director del diario "La Nación", casi un niño en aquel entonces, atravesó el patio principal del Liceo avivando a Molina. Las inquietudes y esperanzas de los profesores y alumnos encontraron comprensión y entusiasta respuesta. No falló la perspicacia juvenil. Ricardo Donoso ha dejado un testimonio tan valioso como rotundo. "Todos ellos —escribe— fueron no sólo nuestros sabios maestros, sino que los admirables guías que despertaron nuestra vocación intelectual y echaron las arraigadas simientes de nuestra formación moral. Don Enrique Molina despertó en la muchachada, desde la primera hora, no sólo la admiración más profunda, sino que el respeto y la adhesión de los jóvenes. Daba a sus clases cierta premeditada teatralidad que impresionaba hondamente la imaginación ju-

venil; provocaban sus extensas lecturas la curiosidad intelectual y proyectaba sus enseñanzas hasta los tiempos en que vivíamos...". En cuanto a Alejandro Venegas, prosigue Donoso, "nos impresionó desde la primera hora por su espíritu crítico, su coraje cívico y la profundidad de sus conocimientos. Cuando hablaba de los escritores de su predilección... la palabra adquiría un tono profético, profundamente impresionante. Era inclinado a la crítica social... Ese lenguaje apostólico, esa fe en las cualidades morales, esa cultura enciclopédica, dieron amplia resonancia a sus lecciones"¹⁸. Gustavo Jirón, Manuel Bart, Eliecer Mejías, Ricardo Bascuñán y Carlos H. Rojas se formaron en esas aulas. Allí hicieron las primeras armas en las letras, además de Ricardo Donoso al que hemos citado, su hermano Armando Donoso, Mariano Latorre —escritor y profesor que sería Director del Instituto Pedagógico—, Roberto Meza Fuentes, Ernesto Barros Jarpa, Domingo Melfi y Armando Rojas C.

Una nueva modalidad anímica apoyada en una auténtica preparación pedagógica, impulsaba desde el interior a los profesores denominados popularmente "concéntricos". Los nuevos maestros distaban de ser "los señores muy honorables de la localidad, (que) carecían de la preparación necesaria y, ¡para qué hablar!, de la sagrada unción del educador", descripción

venil; provocaban sus extensas lecturas la curiosidad intelectual y proyectaba sus enseñanzas hasta los tiempos en que vivíamos...". En cuanto a Alejandro Venegas, prosigue Donoso, "nos impresionó desde la primera hora por su espíritu crítico, su coraje cívico y la profundidad de sus conocimientos. Cuando hablaba de los escritores de su predilección... la palabra adquiría un tono profético, profundamente impresionante. Era inclinado a la crítica social... Ese lenguaje apostólico, esa fe en las cualidades morales, esa cultura enciclopédica, dieron amplia resonancia a sus lecciones"¹⁸. Gustavo Jirón, Manuel Bart, Eliecer Mejías, Ricardo Bascuñán y Carlos H. Rojas se formaron en esas aulas. Allí hicieron las primeras armas en las letras, además de Ricardo Donoso al que hemos citado, su hermano Armando Donoso, Mariano Latorre —escritor y profesor que sería Director del Instituto Pedagógico—, Roberto Meza Fuentes, Ernesto Barros Jarpa, Domingo Melfi y Armando Rojas C.

Una nueva modalidad anímica apoyada en una auténtica preparación pedagógica, impulsaba desde el interior a los profesores denominados popularmente "concéntricos". Los nuevos maestros distaban de ser "los señores muy honorables de la localidad, (que) carecían de la preparación necesaria y, ¡para qué hablar!, de la sagrada unción del educador", descripción

de Enrique Molina que se ajustaba a los profesores de antiguo cuño. Lo que sucedía en el Liceo de Talca se repetía en los demás establecimientos secundarios fiscales, que también habían recibido la primera promoción de educadores. La vocación afianzada en el Instituto Pedagógico, la educación como el ejercicio de un apostolado, conquistaban las mentes y despertaban el entusiasmo y la adhesión de los jóvenes. La escena era similar en los otros liceos. Nuevas generaciones de educadores se sumarían a los treinta maestros originarios, aumentando el caudal educativo. Con el andar de los años, decenas de miles de alumnos abrirían los ojos a la visión moderna y razonable de la realidad que les mostraba el liceo; adscribirían la conducta personal y social a normas de acorde con el tiempo; surgirían necesidades, aspiraciones y esperanzas insospechadas. Vislumbrarían con claridad creciente un mundo antes invisible para ellos. En el liceo alentaba un espíritu modificador del presente, que ansiaba construir otro futuro. En las aulas se fraguaba un cambio social. Curiosamente, este proceso colectivo de ascensión humana aparece como un torneo tanto en Valentín Letelier como en el Dr. Guillermo Mann, este último sucesor de J.E. Schneider en el Instituto Pedagógico. El chileno escribió una *Lucha por la cultura*, en que reúne estudios sobre esta materia, mientras el alemán tituló

Chile. Luchando por nuevas formas de vida a uno de sus libros, en que la educación y la cultura son los temas esenciales. En ambos parece cumplirse, una vez más, la intuición de Hegel en el sentido de que "el hombre es el luchador y la lucha misma".

¿En qué consistía esa lucha humana? En la búsqueda de un nuevo y mejor destino para los chilenos. Los luchadores, los futuros ciudadanos, eran adiestrados e ilustrados en las aulas liceanas. Percibían la posibilidad de una vida de nivel superior al que hasta entonces habían llevado. Los ojos se abrían al mundo, advertían la obscuridad y modestia de sus existencias, comparativamente reconocían el retraso de los hábitos y costumbres, era patente la condición desmedrada de sus vidas. Los jóvenes luchadores conjeturaban la necesidad de desprenderse de muchas iniquidades. Contemplaban horizontes abiertos a la calidad de una sociedad conforme a los tiempos. Al fundar el hogar propio, convertidos en padres y madres, anhelaron que sus hijos avanzaran más allá del punto a que ellos habían arribado. El pasado estaba lleno de negaciones, de situaciones compulsivas, de injusticias.

El liceo transmitió lo que antes estaba en ciernes y lo entregó en sazón a niños y adolescentes. A mayor capacidad mayor ambición. Tras completar la educación secundaria, los mejor dotados iniciaban sus estu-

dios en las escuelas universitarias. Entonces como ahora, los jóvenes que escogían la profesión pedagógica en general provenían de las clases modestas. Ya profesores, comenzaron un nuevo ciclo de traspaso de los ideales de justicia y democracia a los jóvenes. En el afán de progreso social y de cultura, cada uno en el nivel que le es específico, el liceo y la escuela primaria modelaron capas diversas de la población. Tras ambos estaban poniendo en movimiento la rueda generacional del progreso, el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y las escuelas normales. Esta doble actividad educadora se complementó para moldear la clase media chilena entonces incipiente. El desplazamiento del campesino a los centros urbanos, la formación de artesanos y de obreros especializados, el desarrollo de la industria y del comercio, los empleados que trabajaban en estas actividades, los pequeños y medianos funcionarios de la administración pública, aportaron el material humano de un estamento entonces novedoso. El liceo configuró la clase media chilena, dio forma y figura a un estamento que nacía sin rostro, informe y difuso. El liceo fue la cuna de la clase media chilena, siendo el Pedagógico a su vez, la cuna del nuevo liceo. Ambos ayudaron a forjar la identidad del estrato social medio aún en pañales.

Allí está la fuente tal vez más importante de la clase

media chilena. Antes de su consolidación como un estamento perfectamente definido, no se divisaba en Chile ninguna capa intermedia entre la clase alta pudiente y el pueblo en general. A diferencia de las estructuras predominantes en los países europeos de la época, donde las categorías sociales se ordenaban gradualmente desde los sectores inferiores del pueblo a la clase aristocrática y pudiente, en Chile no se daba una continuidad mediadora entre ambos polos. “Existe una diferencia muy grande y muy marcada entre las clases sociales altas y bajas del país —escribió Juan Enrique Concha—; todos los extranjeros que nos visitan observan esta circunstancia especial de nuestra nacionalidad”. Y agrega: “tenemos un pueblo, no una democracia”¹⁹. Patentizaba así el vacío existente entre los dos sectores, oquedad colmada de pobreza, de incultura y de abandono. Es un testimonio abonado, porque los compromisos de Juan Enrique Concha no estaban, precisamente, con los niveles sociales bajos, hasta el punto de calificar de “ideas modernas de democracia subversiva” a la entonces débil tendencia a transmutar la igualdad política en igualdad social. En el otro extremo, Alejandro Venegas, alumno del primer curso del Instituto Pedagógico, coincidía a la letra con Juan Enrique Concha, al registrar que “la impresión más viva que recibe el viajero observador al estu-

diar nuestra organización social, es la que produce el contraste entre la gente adinerada y la clase trabajadora, porque en Chile sólo hay dos clases sociales, ricos y pobres... no existe la clase media". Sin embargo, presentía el advenimiento de esta capa intermedia al tratar de ubicar su sitio propio en el orden colectivo. "Los que no somos ricos ni menesterosos —afirma— y aparentemente formamos el Estado llano, somos gente de tránsito, salidos del campo de los explotados en camino para el de los opulentos"²⁰. Con Alejandro Venegas, era masivo el grupo de chilenos en tránsito que echaban raíces en la clase media. Estaban en camino a una nueva categoría social.

Tanto las opiniones de Juan Enrique Concha como las de Alejandro Venegas, surgidas desde polos opuestos, constituyen interpretaciones. Para reafirmar esto conviene ir de esas interpretaciones a los hechos. Una muestra decisiva y decidora de la distancia que separaba a ambos mundos humanos, es lo ocurrido en los dos primeros liceos de niñas fundados en Santiago en 1895. Ambos estaban destinados estrictamente a las jóvenes pertenecientes a las clases opulentas. Tanto en el Liceo de Niñas N° 1 como en el Liceo N° 2, la exclusividad era cuidada por una Junta de Vigilancia que velaba por el cumplimiento de la discriminación. La Junta del Liceo N° 1 fue dirigida por

Vicente Reyes, que fuera candidato liberal a la Presidencia de la República, y se esmeraba en admitir sólo a las jóvenes estudiantes de abolengo. La diferencia era todavía mayor respecto de las niñas y jóvenes que se educaban en los colegios congregacionistas, llegando el contraste al grado máximo cuando la enseñanza era impartida por institutrices que convertían el hogar en un colegio particular privadísimo. En 1879, cuatro años después, debió crearse el Liceo de Niñas N° 3 para reparar los efectos de la discriminación, con un plan incompleto de humanidades y con una enseñanza más bien práctica, "que prepare a las jóvenes para obtener conocimientos que las habiliten para ganarse la vida", "destinado para la enseñanza práctica de la mujer", según reza el decreto respectivo²¹.

El corte abismal entre los estratos altos y bajos encontró su expresión más aguda y excesiva en la conocida diatriba de Carlos Walker Martínez contra la educación fiscal de la mujer: "El Estado, en las escuelas de niñas, crea una vanidad tan necia con su detestable sistema de estudios a las pobres educandas, que de esas infelices la mayor parte se forma una condición de vida artificial e imposible; consecuencia, la triste emigración que hacen por toda la costa del Pacífico desde Chiloé a Panamá ejerciendo oficio infame". Prosigue respecto de los estudiantes hombres: "El Estado

de la instrucción media saca tinterillos, no hombres de trabajo; y resulta que los muchachos, al dejar sus liceos saben muy bien cómo el adjetivo modifica al sustantivo, pero ignoran absolutamente cómo se llevan los libros de una casa de comercio, cómo se nivela una acequia, cómo se traza un camino"²².

La acumulación de una serie de factores socioeconómicos favoreció que de esa masa popular informe, se apartara gradualmente un sector de niños y jóvenes que ingresaron a la enseñanza secundaria. Procedían del Estado llano de que habla Venegas, opaco en sus características, plano en su conformación, sin rasgos específicos, carente de una fisonomía propia. El liceo los recibió en sus aulas, los educó, elevó una cultura a ras de tierra, los convirtió en personas y en ciudadanos útiles, los devolvió a la sociedad transformados y humanamente mejorados. La metamorfosis creadora fue operada por el Profesor de Estado, tras el cual estaba el Instituto Pedagógico. Se sucedieron las generaciones unas tras otras, constituyendo el liceo un tipo humano tallado por la educación moderna. Con razón y agudeza, Gonzalo Vial habla en su *Historia de Chile* de la "cruzada del Estado Docente" y de "una obra de titanes".

Los grupos humanos desprendidos de la masa popular primitiva sintieron la afinidad que los unía. Cre-

cieron en cantidad y espontáneamente pasaron a organizarse en un nuevo estrato social, la clase media, de contornos muy nítidos. La conciencia de clase los reunió. De la indeterminación primera pasaron a formas sociales precisas. Maduró lo que estaba en embrión. El camino o tránsito de que habla Venegas, pasaba por las salas de clases y los patios del liceo chileno, en los que se reflejaba el espíritu del Instituto Pedagógico. Entre las capas altas y bajas antaño antagónicas y distantes, encontró lugar la clase media progresista. El liceo impulsó y estimuló el avance de la sociedad chilena. En 1920, con el triunfo del Presidente Arturo Alessandri, compartió el poder político con el polo social opuesto.

El Instituto Pedagógico actuó como una fuerza provocadora de transformaciones. Debilitó la bipolaridad social existente en el mundo chileno de aquellos años. La educación articuló según un modelo diverso las relaciones entre los estratos fundamentales. Fue alterado el relativo equilibrio que prevalecía entre ambos polos sociales, mediante el debilitamiento progresivo de la impermeabilidad que mantenía distantes a los estratos básicos de la sociabilidad. Los niveles altos de la naciente clase media encontraron espacio en los niveles bajos de la clase elevada. El poder del dinero, de la educación, de la profesionalización y de

la cultura abrieron un trecho permeable a cierta fusión, o mejor, a una incipiente continuidad. En el otro extremo, el estrato más favorecido del pueblo fortificó desde abajo a la clase media, proporcionando fuerzas favorables al desarrollo. Estas transferencias habrían sido imposibles sin los efectos de la misión educadora. Una dinámica social introdujo el movimiento ascendente que comprometió a todos los estratos de la chilenidad. Tal dinámica se fraguó a partir de las escuelas normales y escuelas primarias, del Instituto Pedagógico, el liceo y las universidades. La formación de profesionales, de técnicos, de hombres de negocio medianos y, en general, de hombres cultos fue la causa de la transmutación social que llega hasta nuestros días.

En efecto, el proceso de permeabilidad social se prolonga en estos años. En la parte educativa, una gran proporción de la enseñanza particular ha asimilado el diseño del liceo; directa o indirectamente, los profesores y la administración docente de esta esfera pedagógica deben sus excelencias al antiguo Instituto Pedagógico. Se plasmó lo que temía Juan Enrique Concha, esto es, la igualdad social que seguía a la igualdad política. Cada vez nos hemos ido asemejando más a la sociedad jerarquizada y progresista de las naciones europeas, que en Chile no existía cuando recién se creaba el plantel hace cien años. Ciertamente es que

se observan situaciones inaceptables y realidades de aristas duras, pero si se enjuician estos asertos desde una perspectiva histórica general, que no se detenga en contingencias y tropiezos eventuales, habrá de convenirse en que reflejan la verdadera realidad.

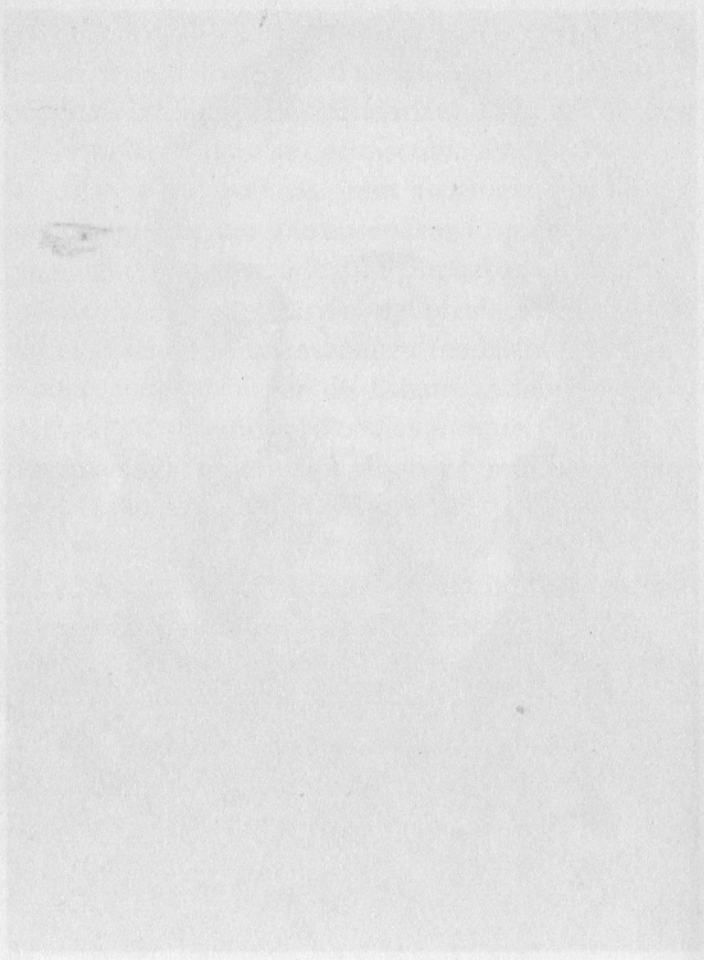
El Instituto Pedagógico está tras esta semiplenitud política y social. Contribuyó así a consolidar el rostro democrático de Chile. Recurriendo a una imagen de J.E. Herder, puede decirse de la nueva capa social que dejó de ser semilla cuando fue retoño, dejó de ser tierno retoño cuando fue árbol y entonces extendió una frondosa copa protectora sobre la sociabilidad chilena²³. El surgimiento, el despliegue progresivo, emanó del primer plantel pedagógico de América latina. Su obra se encarnó a través del liceo en el alma nacional. En la actualidad el espíritu del Instituto Pedagógico vaga sin poseer un cuerpo, carece de un campus universitario, pero su sede está enclavada en el alma nacional. Es una residencia sellada. El patrimonio está desprovisto de herederos, como no fueren todos los chilenos. Forma parte del hegeliano espíritu del pueblo chileno.

Retornemos a los maestros fundadores del Instituto Pedagógico, a saber, siete profesores alemanes y

dos chilenos. Realizaron una actividad docente de extraordinaria calidad, junto con contribuir a la organización de la educación secundaria chilena. Pero la obra creadora de ellos no se circunscribió a las lecciones en las aulas, pues, además, eran investigadores de primera magnitud. No sólo enseñaban lo que sabían, que era mucho, sino que, además, ampliaban el campo del saber con sus investigaciones. Con ellos no sólo cambió el sistema de la enseñanza modelando la figura moderna del Profesor de Estado. Además, con el ejemplo y los aportes personales enriquecieron el espíritu investigador tanto en el saber humanístico como en el conocimiento de las ciencias.

Así, antes de ser contratado por el Ministro de Chile en Alemania, J.E. Schneider ya había escrito tres libros elogiados por la crítica europea, esto es, *La voluntad animal*, *La voluntad humana* y *Placer y dolor del género humano*, fuera de otros estudios menores; el primero fue traducido al francés por Th. Ribot, *La voluntad animal y la voluntad humana* fueron comentados elogiosamente por W. Wundt, o sea, Schneider había sido reconocido por los dos más grandes psicólogos de la época. Federico Johow tenía a su haber unas *Investigaciones sobre los núcleos celulares*, había realizado investigaciones botánicas en Las Antillas y en Venezuela comisionado por la Academia de Ciencias de Berlín,





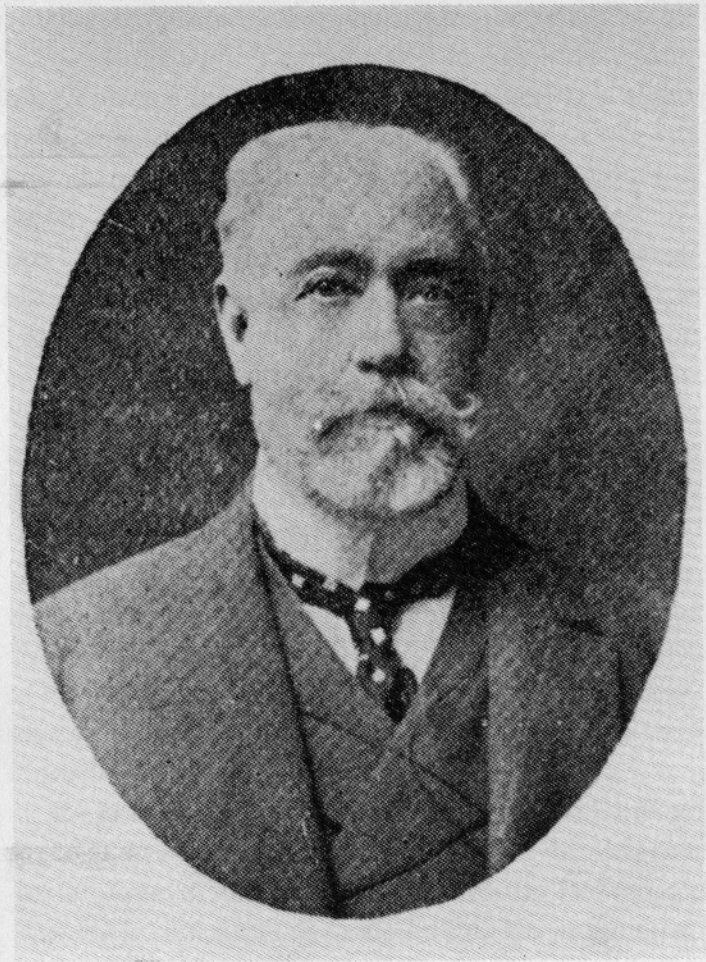
Federico Puga Borne, que ordenó la contratación de los profesores alemanes.

que continuaría en Juan Fernández, Zapallar, Papudo y otras áreas del país. Federico Hanssen escribiría su célebre *Gramática histórica de la lengua castellana*, amén de copiosas investigaciones filológicas recogidas en una bibliografía impresionante. Los estudios de Rodolfo Lenz en gramática, fonética, lexicografía, ortografía, etnología y folklore son incontables, sorprenden por sus hallazgos y originalidad. Hans Steffen combinó la docencia con exploraciones y estudios geográficos de la entonces desconocida Patagonia; culminó sus actividades como consultor técnico de la representación chilena ante el Tribunal Arbitral de Londres. Domingo Amunátegui Solar es uno de nuestros grandes historiadores. Enrique Nercasseau y Morán, hispanista y gramático, había sido reconocido en 1888 como Profesor Extraordinario de Literatura Superior, General y Española por el Consejo de Instrucción Pública. Baste esta brevísima reseña para apreciar el espíritu investigador de los maestros fundadores. Es imposible consignar aquí la nómina de los académicos del Instituto Pedagógico que, siguiendo ese ejemplo, investigaron posteriormente en sus respectivas especialidades.

Las investigaciones de los profesores fundadores tienen en común un rasgo muy sugestivo: casi todas se refieren a la realidad chilena o al ámbito hispánico.

Tanto en la Facultad de Filosofía y Humanidades que acogió al Instituto Pedagógico como en otras sociedades y centros, habían estudiosos que brillaban con luz propia, pero el grupo del Pedagógico produjo un remezón en los círculos nacionales. Basta revisar los Anales de la Universidad de Chile de esos años y los siguientes para notar los cambios notables y profusos que se observan en sus páginas. Tal parece que las cosas cambiaron de signo y enfilaron por nuevos caminos con la estimulante actividad de los "maestros fundadores".

Aún se reconoce en el presente el influjo poderoso que creó la tradición universitaria del Instituto Pedagógico. Así se consigna en la *Dialectología general hispanoamericana*, de José Joaquín Montes Giraldo, publicada en 1987. En la enumeración bibliográfica por países, Chile es el único que va precedido por una nota en la que se le considera como una excepción en Hispanoamérica, puesto que allí —se indica—, "ha habido una tradición ininterrumpida desde Hanssen y Lenz hasta los lingüistas más jóvenes". El aserto sobre la línea filológica podría extenderse a la pedagogía y, en general, al haz completo de disciplinas propias del plantel. Es un patrimonio acrecentado con el tiempo. Hace un siglo surgió este caudal de la vertiente jamás cegada mientras existió el Instituto Pedagógico.



Domingo Gana, Ministro de Chile en Alemania, que contrató a los profesores alemanes.

Nuestro plantel universitario hizo crecer a la Facultad que lo albergó. El espacio se colmó de otras Escuelas, Centros e Institutos, en cuya formación de algún modo intervino. Irradió a la Universidad de Chile entera, de lo cual es índice los Rectores que provinieron de sus aulas, como Domingo Amunátegui Solar, Pedro León Loyola, Juan Gómez Millas, Eugenio González. Fueron Rectores de otras Universidades Enrique Molina y Horacio Aravena. Un abogado y profesor de castellano, don Pedro Aguirre Cerda, fue un recordado Presidente de la República; en el Pedagógico, donde tuvo a su cargo la cátedra de Instrucción Cívica, debe haber tomado conciencia del principio de D.F. Sarmiento según el cual "gobernar es educar". La expansión se propagó a todo el sistema universitario. En la actualidad ejercen docencia e investigan en muchas Universidades, académicos que provienen del Instituto Pedagógico. Esta casa espiritual se impuso y sobrevive en la proyección de la luz universitaria sobre todo el territorio nacional.

En la Asamblea Pedagógica realizada en Santiago en 1929, el eminente educador alemán Peter Petersen declaró que "Chile posee en su Instituto Pedagógico algo por lo cual supera a todos los Estados sudamericanos. Apelo al juicio de un calificador muy competente... me refiero al Dr. J.L. Langley de la Universidad de

Columbia. Por él he sabido que da a Chile la primera primacía entre todos los países sudamericanos. Repite siempre cuando critica algo: "excepción hecha de Chile, y dice expresamente que el motivo para esto es el Instituto Pedagógico"²⁴.

III

EL PRESTIGIO CONTINENTAL DEL PEDAGÓGICO

El Instituto Pedagógico renovó, organizó y modernizó la vida educacional chilena. Intervino a través de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes a que pertenecía, la cual a su vez influía sobre el Consejo de Instrucción Pública, organismo éste que ejercía funciones de superintendencia respecto de la enseñanza secundaria fiscal. Las ternas para designar los rectores y profesores de los liceos, los planes de estudio y reglamentos, la autorización de los textos escolares eran determinados por el Consejo. La influencia del plantel a través de la Facultad era preponderante. La excelencia académica y las posibilidades que abría este camino, contribuyeron a que la proyección nacional del Instituto Pedagógico se afianzara rápidamente.

Pero el aura de prestigio y de influjo no se circunscribió sólo a Chile. Más pronto de lo previsible, traspasó

só las fronteras para pesar bienhechoramente sobre la educación latinoamericana. La luz pedagógica se derramó a los países de habla hispánica. El valimiento educativo se produjo gracias a tres agentes de difusión continental, a saber, a los alumnos extranjeros que estudiaron en sus aulas, a las misiones chilenas contratadas en el exterior y a los libros escritos por nuestros pedagogos. A menudo las vías se entrecruzan y refuerzan recíprocamente. Los ex alumnos extranjeros por lo general ocupan altos cargos al volver a sus países de origen y favorecen la contratación de profesores chilenos; el desempeño de las misiones educadoras en América latina prestigian al Pedagógico e inducen a los alumnos extranjeros a estudiar en el plantel nacional; las abundantes y óptimas publicaciones de nuestros catedráticos fomentan la llegada de estudiantes y el interés por las misiones docentes chilenas.

En 1914, al cumplirse el cuarto de siglo de la fundación del Instituto Pedagógico, Enrique Molina registraba un hecho insólito en "La Mañana" de Talca. "La fama del Instituto —escribió— ha llevado la fama de Chile en ondas de paz y de progreso hacia los confines de América latina. Desde las costas antillanas, desde los valles del Paraguay y de las mesetas de Bolivia han descendido jóvenes que han venido a buscar luz para

guiar a sus pueblos en las irradiaciones de la estrella solitaria del sur"²⁵. Habría podido completar la nómina con Ecuador, Colombia, Venezuela, Panamá y Costa Rica. En la memoria correspondiente a ese mismo año escolar, presentada por el Instituto Pedagógico al Consejo de Instrucción Pública, Federico Hanssen señala que "desde hace varios años el Instituto se ha honrado con estudiantes muy distinguidos de las naciones hermanas". Eran quince en esa época, o sea, el cincuenta por ciento de los titulados del primer curso de 1889. La afluencia crecería notoriamente en los años posteriores.

En los hechos, ¿cómo se realizó la expansión de la pedagogía chilena en el continente latinoamericano?

El escritor y diplomático venezolano Mariano Piçón Salas estudió en el Pedagógico en la década de 1920. Ya titulado, por un proceso natural de retroalimentación docente, pronto pasa a ser colega de sus antiguos profesores. De regreso a Caracas, como Ministro de Educación, contrata en 1936 la primera misión educacional chilena, compuesta por catorce profesores. Entre ellos figuran Humberto Parodi, Oscar Vera, Horacio Aravena, Julio Heise, Octavio Palma, María Marchant, Carmen Moeana, Salvador Fuentes, Oscar Marín, Mario Inostroza. Fundan el Instituto Pedagógico y el Liceo de Aplicación en la capital venezo-

lana de acuerdo con el modelo chileno. Dos años después, en 1938, Rafael Escobar Lara, Director del Pedagógico caraqueño, contrata una segunda misión universitaria, en la que participan Juan Gómez Millas, Eugenio González, Horacio Aravena y Humberto Fuenzalida, entre otros. Siendo Rómulo Gallegos Presidente de la República, Eugenio González tendrá una intervención decisiva en la reorganización de la estructura orgánica de la enseñanza secundaria venezolana. En 1948, Roberto Munizaga, Manuel Zamorano, Ramón Torres y Daniel Navea compondrán una tercera misión educacional. Se resume así la contribución del Instituto Pedagógico nuestro en la educación venezolana.

Antes, en la década de 1920, Carlos Monge Alfaro e Isaac Felipe Azofeifa habían estudiado en nuestro Pedagógico. En 1933, contratan una misión para reorganizar la educación en Costa Rica. La integran Luis Galdames, Oscar Bustos y Arturo Piga. En la rectoría de la Universidad Nacional de Costa Rica "Rodrigo Facio", un retrato recuerda a Luis Galdames, con una placa en la que se estampa: "en homenaje del espíritu universitario costarricense, al hombre que contribuyó a crear ese espíritu en 1935". Galdames también dirigió una gestión educativa similar en Santo Domingo, en compañía de César Bunster. En la República de El



Diego Barros Arana, prestó un valioso apoyo al Instituto Pedagógico.

Salvador, la reforma de la educación se hizo con profesores salvadoreños titulados en el Pedagógico chileno. En Panamá ocurrió algo similar, con la diferencia de que a los maestros graduados en Chile se agregó un grupo de profesores chilenos. En Honduras se creó en 1957 la Escuela Superior del Profesorado, realización en que participaron activamente las profesoras chilenas Elena Martínez y Aída Migone, ambas del Instituto Pedagógico.

Los organismos internacionales, principalmente la UNESCO y la OEA, han servido para asentar firmemente el prestigio de nuestro plantel.

Los primeros profesores que trabajaron en UNESCO fueron Irma Salas y Oscar Vera Lamperein. Jefe de la Oficina Regional para el Hemisferio Occidental, Oscar Vera coordinó en La Habana el Proyecto Principal de Educación para América Latina. A fines de 1960 organizó en Santiago la Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe. Retornó a París como Jefe de la División del Sector Educacional para América Latina, desde donde este prestigioso profesor del Instituto Pedagógico impulsó y ejecutó importantes proyectos en educación media y básica. Alejandro Covarrubias cumplió misiones en Ecuador y Nicaragua, participó en el Proyecto Principal junto con Carmen

Lorenzo. Jefe de Misión en Costa Rica fue Hernán Vera Lamperein. Expertos asignados a proyectos nacionales fueron Fernando Gutiérrez en Ecuador, Gilberto Calvo en Bolivia, Miguel Ibáñez y Luis Bocaz en París, Francisco Salazar en Costa Rica, Edith Salas en Guatemala y República Dominicana. También lo fueron Hernán Vera Lamperein en Guatemala, Venezuela y Paraguay; Erika Grassau en México, Eleonora Vera en República Dominicana, Rolando Sánchez en Colombia y Uruguay, Miriam Zemelman en México, etc. Alvaro Tobar fue Director del Centro Latinoamericano de Formación de Especialistas en Educación. La nómina es incompleta y difíciles las fuentes de información por no estar sistematizadas.

En la OEA han cumplido funciones de especialistas Hernán Vera en Brasil y Washington; Pedro Turina, Alejandro Díaz y Ruth Verdejo también en la capital norteamericana; Luis Capurro en Colombia y Fernando Leyton en Brasil. También es necesario completar esta nómina. Deben figurar, asimismo, entre los profesores que han asumido responsabilidades pedagógicas en América latina, los nombres de ilustres maestros chilenos como Humberto Díaz Casanueva, Rolando Mellafe, Martín Pino, Marino Pizarro, Mario Ciudad, Domingo Almendras, Moisés Latorre, Agustín Álvarez Villablanca, Olga Poblete, María Lagunas,

Manuel Soto, Santiago Tejías, Violeta del Canto, Bélgica Parra, Marta Uribe, Adriana Azócar, Ildocira Vera, Isabel Farías, Ema Salas, Fidel Coloma, Ramón Gutiérrez, Enrique Saavedra, Lautaro Arriagada, Mariano Recobado, Eliana Tartarini, Elvira Collado, Manuel Fábrega, etc. En esta enumeración faltan muchos educadores, pero en todo caso la profusión de ellos da una idea cabal de la vastedad de la obra pedagógica en América latina.

Alejandro Covarrubias Zagal recuerda las estimaciones calificadorias del profesor ecuatoriano Emilio Uzcátegui formuladas por éste en *Cincuenta años detrás de mis gafas*. "El prestigio del Instituto Pedagógico —escribe Uzcátegui— trascendía a los países del hemisferio y con razón. Chile tuvo siempre un sistema educacional serio y renovado. Otras Repúblicas de América tendrían mayor riqueza en edificios y medios materiales; pero ninguna le superó en organización y modernidad de la enseñanza y calidad del profesorado como conjunto. El Instituto, desde la iniciación de sus funciones en 1890, contó con un profesorado de primer orden. No es extraño que los gobiernos de Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, etc., enviaran con frecuencia becados a prepararse para el profesorado". La abundante consulta de las obras pedagógicas escritas por profesores formados bajo el alero del

Instituto, constituye otro testimonio de valor innegable en el mismo sentido.

En síntesis, la proyección de la actividad educacional del Instituto Pedagógico le valió un prestigio continental de elevado nivel. La semilla que sembró Valentín Letelier pensando en Chile, maduró y se multiplicó en la tierra latinoamericana abarcando un extenso horizonte continental. Espiritualizó el suelo humano en el exterior como lo había hecho en el país. Bastaron escasos años para cimentar un prestigio educativo y cultural que es honra de Chile. Es una obra grandiosa que parece no haber sido comprendida por las fuerzas que devastaron las aulas, bibliotecas y laboratorios de esta maravillosa institución. No reconocieron ni menos respetaron la hazaña del Instituto creado hace cien años por el amor de unos y con la repulsa de otros.

Pese a la acción aniquiladora, el espíritu del Instituto Pedagógico, ahora sin voz, sobrevive encarnado en el alma nacional y en el corazón de los países latinoamericanos. Este macizo bloque del espíritu universitario nuestro, perdura no obstante sus adversarios. Lo creemos en estado de hibernación y no extinguido definitivamente. El cambio que se presiente en la atmósfera y la temperatura cálida que se siente venir, permitirán que recobre el aliento de vida. Se deshará de las ataduras que lo inmovilizaron años atrás. Es la

confiada esperanza de los académicos y profesores formados en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

IV

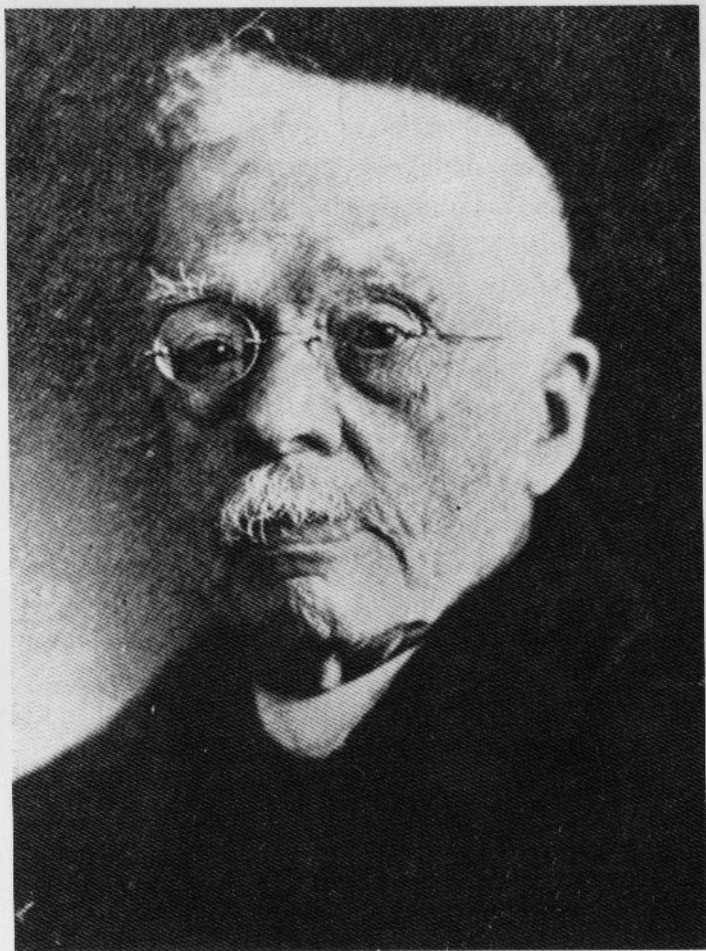
LA MASONERÍA Y EL INSTITUTO PEDAGÓGICO

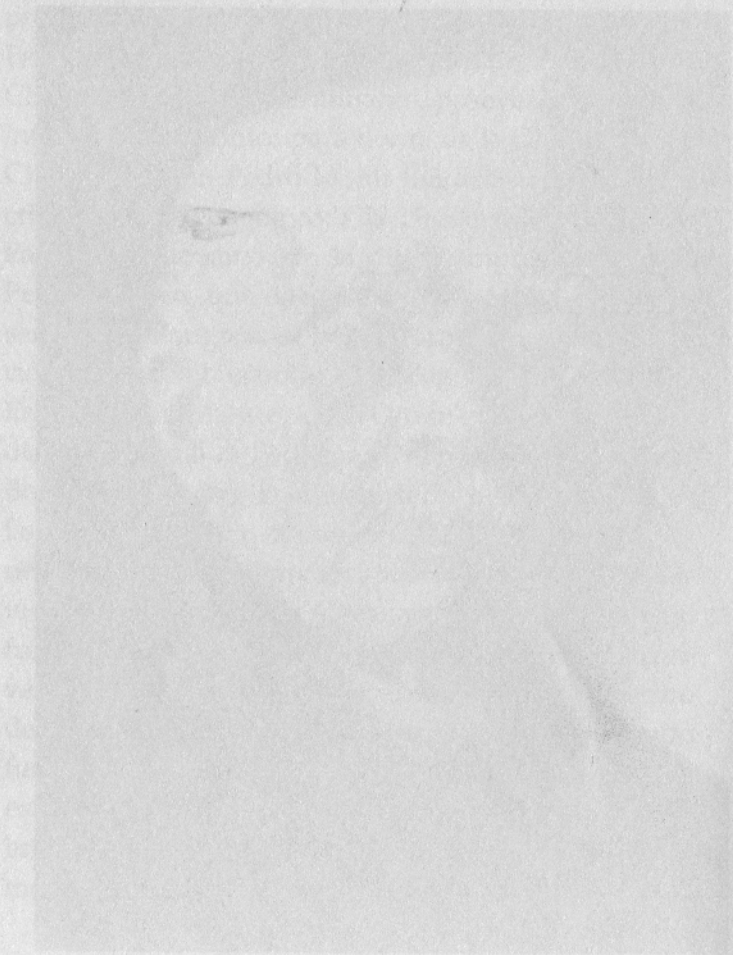
El espacio chileno y continental colmado por el Instituto Pedagógico fue amplio. En esta misión humana, social y educativa, ¿le cupo alguna intervención a la Orden Masónica? Desde luego fue una injerencia muy importante. Si se desea cuantificar la dimensión del aporte institucional, podría decirse que fue tan decisivo como la participación que tuvieron las logias en la dictación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria de 1920.

En efecto, el decreto de creación del Instituto Pedagógico lleva la firma del Presidente Balmaceda y del Ministro de Instrucción Pública, Julio Bañados Espinosa. Balmaceda había sido iniciado en la Resp. Logia "Filantropía Chilena" fundada por Manuel Blanco Encalada. Julio Bañados Espinosa también pertenecía a las columnas masónicas. Todavía más: en el complejo

proceso que culminó con el nacimiento del Instituto Pedagógico, la influencia de Diego Barros Arana y de Claudio Matte fue determinante, poseyendo ambos la investidura masónica para honra de la Gran Logia de Chile. El masón Pedro Montt fue decisivo en la adscripción del Pedagógico a la Universidad de Chile. Participó, asimismo, en la difícil empresa el masón Pedro Bannen, que once años después, en 1900, presentaría al Congreso el primer proyecto sobre educación primaria obligatoria junto con Enrique Mac-Iver. Este era Gran Maestro de la Orden en 1889 cuando se dio forma legal al Pedagógico. El Dr. Federico Puga Borne, antecesor en el Ministerio de Julio Bañados Espinoza, que hizo contratar a los profesores alemanes y estableció el ítem presupuestario correspondiente al plantel, profesaba ideas laicas, aunque ignoro si frecuentó los templos masónicos. El hombre que convenció a Puga Borne de la necesidad de crear un centro de enseñanza destinado a formar profesores de Estado fue Valentín Letelier. Es el auténtico y real forjador de esta gran empresa educacional. Sin Letelier no se habría fundado el Instituto cuya existencia estamos conmemorando. Merece una consideración aparte.

Se discute si perteneció o no a la Orden. Unos pretenden que se habría iniciado en la Logia "Orden y Libertad", de Copiapó, en cuyas iniciativas de bien





Enrique Mac Iver, Serenísimo Gran Maestro en el año de la fundación del Instituto Pedagógico.

público siempre colaboró. Otros sostienen que lo habría hecho en Santiago, junto con el grupo positivista que ingresó en las logias capitalinas, a saber, el Dr. Guillermo Puelma Tupper, el Dr. Juan Serapio Lois y Juan Enrique Lagarrigue. No faltan quienes suponen que se inició en Alemania, cuando era Secretario de la Legación de Chile, de la que era Ministro su suegro Guillermo Matta, otro connotadísimo masón. Llegó al positivismo a través de José Victorino Lastarria, de esclarecida prosapia masónica. El hogar que formó, su vida privada y personal están enclavadas en el ambiente masónico. En la vida pública, Letelier aparece siempre acompañado o acompañando a los masones prominentes de la época. En sus escritos, proyectos, actuaciones y desempeño público se respira el aliento masónico. En las luchas doctrinarias en que intervino la Orden, Letelier estuvo junto a ella. Por eso hay presunciones sólidas de que haya pertenecido a las logias, pero desconozco la existencia de pruebas documentadas testimoniales.

El Instituto Pedagógico constituyó uno de los proyectos vitales de Valentín Letelier. Marca tal vez el ápice de su trayectoria educacional; es quizá la expresión concreta máxima de su teoría de la educación. Concibió, estimuló, persiguió y obtuvo la creación del Pedagógico. Es parte de su vida, está tan ligado a su

poderosa personalidad, que en *La lucha por la cultura* confiesa que "en fuerza de la participación que tuve en la fundación del Instituto Pedagógico, la presente memoria se resiente mucho del carácter autobiográfico"²⁶. En otras palabras, Letelier reconoce que cuando escribe sobre el Pedagógico relata autobiográficamente su propia vida.

En este orbe masónico se inscribe el Instituto Pedagógico. Ambas instituciones se encuentran en un camino común. Es una vía en la que la afinidad se despliega sin tropiezos. La conformidad que aproxima la estructura masónica a la acción pedagógica es visible de lejos. Ambas instancias son esencialmente educativas y formadoras. Coinciden en la ardua tarea de modelar el material humano. La realizan a partir de principios comunes, a saber, la búsqueda de la verdad a través del libre examen, persiguen un ideal de perfeccionamiento de los hombres, rechazan los prejuicios y dogmas, racionalizan la realidad, confían en la misión educadora del espíritu, se abren a la acción social generosa y desinteresada, propugnan la democracia como estilo de vida. De ahí que las generaciones de maestros hayan encontrado su lugar natural en las logias. Los profesores de Estado siempre han acudido espontáneamente a la Institución. Las cámaras de instrucción semejan un Instituto Pedagógico de proyec-



Valentín Letelier, a cuya visión y empeño se debe la fundación del Instituto Pedagógico.

ción existencial, en que la meta apunta a una visión completa del hombre y a una conducta normada espiritualmente. Los educadores reciben aquí un postgrado masónico tras obtener el grado universitario. La percepción democrática y humanística de la Orden ha atraído siempre a los jóvenes maestros.

Por esta vía, el Liceo fruto del Instituto Pedagógico, habría de convertirse en un magnífico medio de propagación de las convicciones masónicas. Estudié en el Liceo de Hombres de Temuco, cuyo cuerpo docente pertenecía casi todo a la Institución. La influencia que ejercía no era proselitista, jamás escuché en clase la palabra "Masonería". Pero se advertía el pensamiento libre que animaba a los profesores, había en ellos un estilo de vida que después supe que era el masónico. Era notoria la figura educativa del Profesor de Estado modelada por el Instituto Pedagógico y reforzada por las logias. La configuración mental que la caracteriza penetraba insensible y gradualmente en los alumnos. De los egresados ya adultos y de los jóvenes alumnos irradiaba hacia las distintas clases sociales una forma bien definida de explicar y de convivir. Sin saberlo, éramos portadores de una visión de la realidad que a través nuestro llegaba al pueblo entero. El influjo ha de haberse incrementado a medida que se sucedían las generaciones liceanas. El liceo de

aquel entonces, espejo que reflejaba fielmente el espíritu del Pedagógico, constituyó un poderoso agente de transmisión de las convicciones masónicas esenciales.

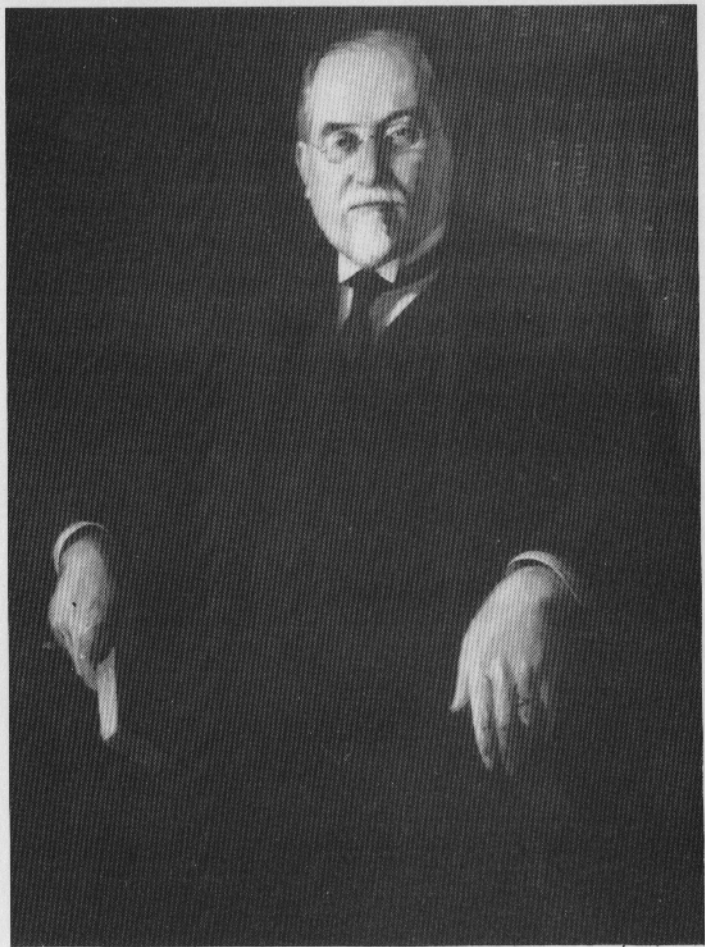
El Instituto Pedagógico ha formado parte de un contexto educativo mayor, en el cual se incluye también la pedagogía científica, la obligatoriedad de la enseñanza primaria, la educación gratuita en los niveles primario, secundario y superior, la función social docente del Estado, para mencionar sólo algunas partes de ese contexto. Aquellos años eran difíciles y conflictivos en el ámbito educacional. Las diferencias entre el Estado Docente y la enseñanza privada confesional eran tajantes e irreconciliables. Abdón Cifuentes, el responsable del escándalo de los "exámenes libres", atacaba a Diego Barros Arana, que fuera gran Rector del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile. El obispo Joaquín Larrain Gandarillas denostaba acremente a Valentín Letelier, el gran propulsor de la enseñanza laica, que llegaría también a ser Rector de la casa universitaria fundada por el hermano Andrés Bello. El trasfondo de la contienda educacional es político, en cuanto a provenir de dos concepciones diferentes del hombre y de la sociedad. Es una disensión profunda que en sus líneas gruesas ha resurgido en el presente. Sorprende la similitud entre esa época y la nuestra. Como antes, ahora se frena la docencia del


Estado y se estimula la enseñanza particular; la gratuidad de la enseñanza quedó atrás desplazada por una educación de alto costo; la enseñanza laica se está quebrantando con los impactos de los ideologismos municipalizados; la escuela, como centro educador del ciudadano y santuario del espíritu libre, está siendo reacondicionada cual un establecimiento comercial; en lugar de los directores de escuela y rectores de liceo surgen los "mantenedores" o "sustentadores", que son gerentes que ven en la educación un negocio personal. Cuando Valentín Letelier aborda estos problemas a fines del siglo pasado, parecería que se refiriera a los sufrientes años en que vivimos. Oigámoslo en un breve y apretado extracto:

"En nuestros días —escribe— los adversarios de la instrucción pública están empeñados en adulterar la naturaleza de la enseñanza, convirtiéndola en una industria para someterla en este carácter a la ley de la oferta y la demanda". "El Estado, dice Larrain Gandarillas, no debe poner obstáculos para fundar establecimientos de educación, ni hacer competencia a los ya establecidos, revistiendo a los fiscales de privilegios que dificultan la concurrencia". "Cuando uno oye hablar así, se imagina habérselas, no con el abnegado Rector del Seminario episcopal de Santiago, sino con el interesado empresario de una fábrica de tejidos".

“En su sentir, esta industria debe ser tan libre que un ganapán cualquiera no tenga más trabas para establecer una escuela que para abrir una tienda”. “Entre los industriales hay competencia en la calidad y cantidad de las mercaderías. Los maestros no están sujetos al libre mercado, sino a la ley moral de la emulación”. “Si la iniciativa privada ha establecido a las veces algunas fundaciones notables, ha sido cuando ha renunciado a todo propósito de lucro, ha hecho de la enseñanza una tarea de abnegación, desinterés y sacrificio”. “La única rama de la enseñanza en que la iniciativa particular se ha mostrado realmente fecunda es la de la instrucción especial, y sobre todo, la de la instrucción superior”. “En suma, la enseñanza no logra sus fines sino cuando los poderes públicos la toman como una función y los maestros como un sacerdocio. Instituida en todas las sociedades cultas para satisfacer necesidades de orden moral, no la alcanzan las leyes de los economistas, que sólo atienden al respecto económico de las cosas”²⁷.

La semejanza entre el liberalismo mercantilista finisecular y el neoliberalismo de la economía social de mercado en materia educativa es abismante. Parecen situaciones simétricas que se repiten. Maquiavelo fue uno de los primeros en advertir estos ciclos de retorno en la historia humana. “Los hombres sabios —sentencia en el *Discurso sobre la Primera Década de Tito Livio*—





Claudio Matte, eminente educador chileno que contribuyó a la fundación del Instituto Pedagógico.

dicen con razón que para prever el porvenir es necesario consultar el pasado, porque los acontecimientos de este mundo encuentran siempre en este pasado la tendencia que le es propia"²⁸. Siguiendo al pensador y político italiano, al rendir el presente homenaje al Instituto Pedagógico, busquemos esa tendencia en los momentos en que se fundó el gran centro de educación superior. Es necesario determinar la pauta normativa, el sello esencial de la educación chilena que está en los orígenes del Pedagógico. Es un núcleo íntimo que puede reiterarse, cual ocurre con los ciclos históricos, en la fase que se avecina sin haber tomado aún forma. Permite pensar el presente y el futuro a partir de una constante del pasado. Ensayemos esa especificación primordial.

En el año de la creación del Pedagógico, en 1889, también se realizó el importantísimo Primer Congreso Pedagógico Nacional. Los nombres se repiten a causa del trasfondo masónico omnipresente. Fue convocado por el Dr. Federico Puga Borne, Ministro de Instrucción Pública. Designó como vicepresidentes a tres masones para que condujeran alternativamente las sesiones, a saber, a nuestros tres conocidos Claudio Matte, Julio Bañados Espinosa y Pedro Bannen. El discurso de inauguración fue pronunciado por Julio Bañados Espinosa. Allí está contenida la especificación esencial

de la educación chilena que indagamos. Damos un breve extracto del lúcido discurso del hermano Bañados Espinosa.

“No hace un siglo —sostuvo Bañados Espinosa— que el pueblo era para los monarcas; que el poder no arrancaba de la sociedad^a... Hoy la ciencia prueba y las constituciones afirman que el poder público nace del pueblo; que la soberanía originaria tiene por punto de arranque el pueblo; que la concepción del Estado es inseparable con la existencia del pueblo. La substitución del *pueblo-paria* por el *pueblo-rey*, del *pueblo-nada* por el *pueblo-todo* ha hecho que todas las fuerzas activas del país... converjan a la educación moral, intelectual y física de aquel organismo matriz del que nacen los demás organismos de la sociedad política (el pueblo)... La instrucción pública es por eso inseparable de la soberanía nacional... Instruyamos al pueblo para que dueño de sus derechos, defensor de sus libertades... emancipado de las supersticiones de la ignorancia, patriota, inteligente y valeroso, complete la obra de los fundadores de la República, haciendo de Chile una nación libre, rica, ordenada y poderosa”²⁹.

Esa voz masónica que viene del pasado, funda-

^aEn 1889 se cumplía un siglo de la Revolución Francesa.

menta la educación en la democracia y en la soberanía nacional. Escuchémosla. Procuremos su vigencia en el ciclo histórico próximo que se avecina. ¡Que no haya espacio para la educación neoliberal y mercantilista! Neguémosle lugar donde asentarse, como lo hicieron Valentín Letelier, Diego Barros Arana, Julio Bañados Espinosa, Claudio Matte y muchos otros prohombres. ¡Que no se oprima a la educación del Estado! Hemos de recrear lo que significó el Instituto Pedagógico. Se acercan días promisorios, pero ¡ay de nosotros! si no ponemos la hora de acuerdo con el reloj del tiempo histórico. No estaríamos a la altura de una aleccionadora tradición masónica educacional. ¡Rindamos un auténtico homenaje a la creación del Instituto Pedagógico, luchando precisamente por los mismos postulados que inspiraron el acto fundacional!